

la ponía más que para acercarse al altar; fuera de estos casos, la reemplazaba por otra mucho más ligera, formada de magníficos diamantes, en medio de los cuales brillaba el famoso *Regente*, diamante que se conserva en el museo del Louvre. Vuelto á sus habitaciones, el rey se desviste y entrega al capellán mayor, para quemarlos, según costumbre, la camisa y los guantes que habían tocado la santa ampolla. Una hora después, Carlos X, revestido nuevamente de sus ropajes reales y con la corona de diamantes puesta, sentóse bajo un rico dosel, entre el Delfín, los duques de Orleans y de Borbón, que ceñían su corona ducal de oro, y presidió un festín real, servido por los grandes oficiales de palacio y de cuyos platos eran portadores pajes precedidos de heraldos. Aquel banquete, compuesto de seis mesas, completó las solemnidades del día.

A la mañana siguiente (30 de junio), hubo en la iglesia metropolitana otra ceremonia que se verificaba también por primera vez desde la restauración de la monarquía; el rey recibió á capítulo á treinta y ocho caballeros de la orden del Espíritu Santo. Fundada por Enrique III, esta orden fué, hasta 1789, privilegio de las primeras casas del reino y no contaba más que un corto número de individuos, á quienes se exigían pruebas de nobleza severamente justificadas durante largas generaciones; sus miembros tomaron del color del cordón que llevaban al cuello, y del cual pendía la cruz de oro de la orden, el nombre de *cordones azules*. Esta orden era tan codiciada como la española del *Toisón de oro*; y en la vieja jerarquía nobiliaria, la familia que contaba *cordones azules* en su seno, ocupaba el mismo rango que las familias que proporcionaban mariscales de Francia al ejército y cardenales á la Iglesia, constituyendo la alta nobleza. Ninguno de los hombres que se habían encumbrado á vuelta de los acontecimientos de los últimos treinta años hubiera podido dar la menor de las pruebas exigidas por los estatutos; sin embargo, era difícil distribuir cierto número de aquellos cordones sin hacer extensiva esta gracia á algunos nobles de nuevo cuño; á fin de vencer la dificultad, Carlos X se había reservado en su juramento el derecho de reglamentar las condiciones de admisión en la orden; ninguna condición fué impuesta á los caballeros privados de noble alcurnia, y en la nueva promoción fueron incluidos el señor Lainé, presidente de la Cámara electiva, el general Dessolle, los mariscales Marmont, Macdonald, Moncey, Suchet, Oudinot y Víctor, y los señores Decazes, Pasquier y Villèle; los demás caballeros llevaban los nombres más ilustres de la antigua monarquía. Chateaubriand formaba parte de esta nueva promoción; la casualidad hizo que figurara en la lista al lado de Villèle y que ambos fuesen llamados á acercarse simultáneamente al trono. El rey tomó en sus manos la de Chateaubriand, como hacía con todos los demás caballeros; pero las retuvo más tiempo y habló al vizconde con la sonrisa en los labios. Todos los circunstantes quedaron persuadidos de que el ilustre escritor acababa de reconquistar el favor real, y aquella noche, muchos cortesanos le felicitaron por su próxima vuelta al poder.

Tal era el deseo íntimo del ex ministro de Negocios exteriores; no desperdiciando ocasión alguna de hacer recordar su talento y su nombre al príncipe y á sus

consejeros, había aprovechado la muerte de Luis XVIII para publicar, bajo el título de *El rey ha muerto, viva el rey!*, un folleto de un realismo exaltado, y en el cual, acumulando en favor del monarca todas las alabanzas que podían darle popularidad, decía: «Suplicamos humildemente á Carlos X que imite á sus antepasados: treinta y dos soberanos de la tercera rama recibieron la unción real.» Chateaubriand estaba convencido de que este consejo había determinado la ceremonia de la consagración.

Revistas de tropas reunidas en número de diez mil hombres de todas armas, en un campamento levantado cerca de la ciudad; visitas á una exposición de la industria local, en que el rey se mostró áfable y pródigo de estímulos; otra visita al hospital Saint-Marcou, donde, según el viejo ceremonial, hizo una cruz en la frente de los escrofulosos, diciendo: «El rey te toca, Dios te cure,» tales fueron los públicos acontecimientos que llenaron los tres días pasados por Carlos X en Reims después de la jornada de la coronación. Esta fué señalada por otros actos: las columnas del *Monitor* fueron apenas suficientes, en varios números, para consignar la nomenclatura de las dignidades, títulos, condecoraciones y ascensos dados con motivo de esta ceremonia. Los proscritos y condenados políticos participaron de aquellas mercedes: todas las penas fueron remisas, el destierro cesó para los que aún habían de sufrirlo, y si algunas excepciones hubo en la amnistía, se aplicaron exclusivamente á contumaces.

El rey volvió el 6 de junio á París, donde la coronación se celebró con banquetes y fiestas públicas; con recepciones y bailes en palacio, en los ministerios y en las embajadas; con representaciones de apropósitos en todos los teatros: demostraciones que imitaron todas las poblaciones de provincias.

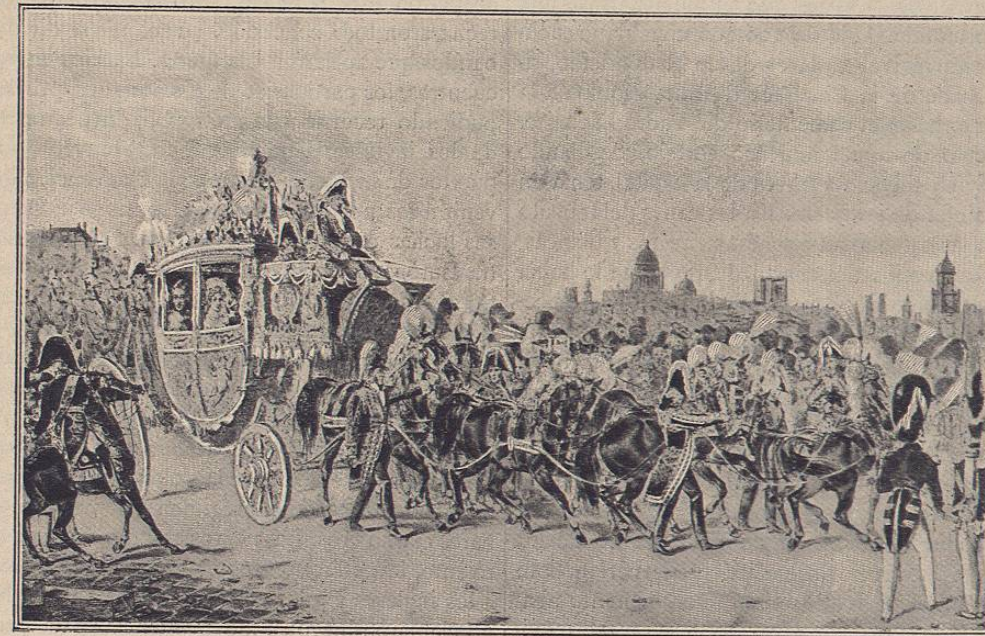
Carlos X podía pensar sinceramente que acababa de hacer á la política de *unión y olvido* y á las necesidades de su situación de rey constitucional todos los sacrificios compatibles con el honor y dignidad de la corona. Pero sus concesiones carecían de interés para las masas, pues no cambiaban en lo más mínimo la marcha del gobierno y dejaban subsistir todos los motivos de queja de los gobernados: los mil millones de la indemnización, la ley del sacrilegio, el retiro impuesto á la mayor parte de los jefes del antiguo ejército, el dominio de los curas, la corrupción electoral, y aquella inquisición chismosa é infatigable que, sembrando por todas partes la delación y las destituciones, turbaba á los ciudadanos hasta en su comercio ó en su industria. Las ceremonias de la coronación, lejos de crear simpatías al hermano de Luis XVIII en la clase media, se las enajenaron. Así es que, mientras los aduladores ensalzaban aquellas solemnidades en que la monarquía había procurado hacer brillar á los ojos del público, durante toda una mañana, un rayo de su antiguo esplendor, las generaciones nuevas oponían á los ditirambos de los admiradores del pasado las estrofas de *La consagración de Carlos el Simple*, en que el poeta Béranger, intérprete del sentimiento popular, formulaba las quejas y protestas comunes.

Francia ofrecía, en aquel momento, un curioso espectáculo; dos corrientes contrarias impelían en sentido inverso al gobierno y al país; éste, fácil, tolerante, se

mostraba ávido de nuevas conquistas intelectuales y políticas; aquél, violento, inquisitorial, quería imponer á las masas la fe que no se ordena, y se esforzaba en estrechar el círculo de la instrucción general y cohibir el progreso de los espíritus. El clero desempeñaba el principal papel en aquella lucha; fiado en la fuerza que le daba la posesión del gobierno, creía poder oponerse al movimiento y obligar á las nuevas generaciones á retroceder hacia el antiguo orden religioso y político. El partido clerical apelaba á todos los medios para obtener la absoluta sumisión de los espíritus, tan necesa-

ral, ¡honor á la Curia real de París!, fué un golpe terrible para el partido clerical. Este había encontrado hasta entonces su principal apoyo en la magistratura. La situación iba á cambiar. Las dos sentencias pronunciadas por el real tribunal de París fueron el comienzo, en el seno mismo del partido realista, de una reacción que había de desencadenar en contra del poder clerical todas las fuerzas vivas é inteligentes de la nación.

Pero, al mismo tiempo que los periódicos liberales consignaban este triunfo, anunciaban la muerte del general Foy. Teniente de artillería á los diez y seis años,



Entrada de Carlos X en París después de su consagración (dibujo de Locillot)

ria á sus fines. Los actos de proselitismo corrían parejas con los de intolerancia. La policía, que el año anterior se limitaba á hacer desaparecer de los mostradores de las librerías las obras que le parecían peligrosas para la religión, ahora prohibía á los dueños de los gabinetes de lectura alquilar una infinidad de libros y principalmente las obras de Voltaire, La Fontaine, abate Reynal, D'Alembert, Diderot, Volney, etc. No se hablaba más que de obispos, curas, vicarios, frailes, jesuitas, seminarios y conventos. En todas partes se oían conversaciones sobre bulas, mandamientos, confesión, comunión, indulgencias y excomuniones. La controversia teológica estaba á la orden del día; la Iglesia ultramontana luchaba con la Iglesia galicana. Reinaba la división hasta entre los mismos curas. Los más tolerantes tropezaban con las impertinencias de los más exclusivos. Tal era la Francia cristiana que habían constituido en 1825 los devotos de la santa alianza, los creyentes del presupuesto y los santos de la policía.

Para evitar las críticas, la Congregación declaró la guerra á la prensa por medio de los tribunales. Hizo encausar al *Constitutionnel* y al *Courrier*, principales órganos del partido liberal, que el tribunal de París absolvió libremente. Este fallo absolutorio, que el público que llenaba la sala acogió con un movimiento de entusiasmo, á los gritos de *viva el rey!*, *viva la magistra*

oficial superior á los veinte, general á los treinta, el conde Foy sucumbía á los cincuenta años, después de una carrera militar empezada en Jemmappes y terminada en Waterloo, donde mandaba una división y recibió su décimaquinta herida. Dotado de una fuerte complejión y de una bella estructura, entró en la Cámara cuando las fatigas y las privaciones experimentadas bajo los climas más opuestos, durante veinte años de una guerra sin tregua ni descanso, habían ya alterado profundamente su constitución. En 1817 empezó á sufrir violentas palpitaciones de corazón y amagos de congestión cerebral. El progreso de aquellos desórdenes orgánicos sólo hubiera podido atajarse con un régimen riguroso y una vida sosegada. Pero, esclavo de sus deberes políticos, dominado por su ardiente amor al trabajo y al estudio, robaba á la noche las horas que le absorbía el público; y el mal que minaba su existencia, agravado sin cesar por las fatigas, por las agitaciones de la Cámara y de la tribuna, le condujo á la tumba después de treinta días de horribles padecimientos.

La elocuencia del general Foy era quizá la más apropiada á los sentimientos generales de su época. Francia, bajo la impresión de su derrota, luchaba á un mismo tiempo contra los despreciadores de su gloria y contra los adversarios de la libertad. El general Foy, evocando constantemente desde la tribuna nacional el



recuerdo del heroísmo republicano y de las victorias del Imperio, devolvía la confianza y el orgullo a la infinidad de antiguos soldados humillados y vencidos que entonces poblaban aldeas y ciudades; hijo de la Revolución, defendía el principio y glorificaba los resultados de la misma con una vigorosa elocuencia que sostenía la energía de las generaciones nuevas en la lucha contra los partidarios del antiguo orden político. Era todo un carácter. Hombre desinteresado y digno, militar pundonoroso y competente, aplaudido por los amigos de la libertad como por los admiradores de la gloria nacional, gozaba de una popularidad inmensa en todas las clases de la sociedad. Así es que su muerte causó una sensación profunda. Más de 100.000 ciudadanos acudieron a acompañar el cadáver desde el domicilio, situado en la calle de la Chaussée d'Antin, esquina a la de la Victoria, hasta el cementerio del Padre Lachaise. El espectáculo de aquel inmenso cortejo, desfilando lentamente y en silencio a través de la capital, tenía un singular carácter de grandeza. En las calles del tránsito muchas tiendas ostentaban colgaduras negras y blancas, y todos los comercios del cuarto distrito, que le había elegido diputado en las últimas elecciones, tuvieron cerradas sus puertas. Sabedor el público de que el general dejaba a su viuda y a sus cinco hijos sin fortuna, abrió una suscripción en que tomaron parte desde simples soldados y humildes obreros hasta generales y pares de Francia. Pocas semanas después, la familia del general Foy era dotada en un millón. Aquel acto de munificencia nacional, realizado extra oficialmente y a pesar del gobierno, a un simple llamamiento de los periódicos de la oposición, señaló el despertamiento del espíritu público. Este espíritu, un momento abatido, volvió a levantarse, y se vio renovar el movimiento de opinión que se había operado en 1818; el desaliento cedió el puesto a la confianza en toda la clase media, la cual, apoyada en el sentimiento de las masas, se dispuso a luchar enérgicamente contra las doctrinas y contra los hombres que servían de obstáculo al desarrollo de sus derechos y de sus intereses políticos.

Mientras el pueblo de París conducía a su última morada los restos de un simple ciudadano a quien rendía, en su gratitud, honores raramente concedidos a los monarcas más poderosos, otro féretro atravesaba, en medio del silencio y la soledad, las vastas y tristes selvas que se extienden entre el mar de Azov y el golfo de Finlandia, y transportaba hacia el último extremo de este golfo los restos mortales de un príncipe cuyo nombre hacía tiempo que llenaba a Europa, cuya voz era obedecida por 60 millones de súbditos, cuya mano mandaba 800.000 soldados, y que había ejercido la más decisiva influencia en la doble caída del Imperio y en la restauración de los Borbones. Aquel féretro era el del czar Alejandro, que había expirado el 1.º de diciembre, a consecuencias del tífus, a cuatrocientas leguas de su capital, en Taganrog, antigua plaza fuerte situada cerca de la desembocadura del Don y del curso del Volga, donde había ido a pasar una temporada con la emperatriz, esperando que la suavidad del clima sería favorable a la quebrantada salud de esta princesa.

Hemos dicho el papel dominante que representó Alejandro en la invasión de las tropas aliadas. Su nombre va unido a los desastres franceses de aquella épo-

ca. Sin embargo, una vez decidida la victoria, el czar dió pruebas de simpatía y tuvo muchas consideraciones para Francia.

El 31 de enero, Carlos X abrió las Cámaras con el ceremonial de costumbre, y anunció en su discurso la separación definitiva de Santo Domingo y el restablecimiento del derecho de primogenitura.

Santo Domingo era aún la principal y la más rica de las posesiones coloniales de Francia, cuando un decreto de 15 de mayo de 1791, publicado por la Asamblea constituyente, confirió a los mulatos libres los mismos derechos civiles que a los blancos. Algunos colonos aceptaron esta igualdad, pero la mayor parte de ellos rechazaron toda concesión. La colonia se dividió en dos bandos que apelaron a la fuerza. Batidos en varios encuentros, los partidarios de los antiguos privilegios, no pudiendo recurrir a la metrópoli, invocaron el auxilio de los ingleses, a quienes entregaron los principales puertos de la isla. Un acto de la Convención hizo intervenir a los negros en aquella contienda. Ocupada en sus luchas contra las sublevaciones del interior y contra Europa; imposibilitada de hacer salir de los puertos franceses, bloqueados entonces por la marina británica, una fuerza marítima suficiente para asegurar la ejecución del decreto de 1791 y expulsar a los ingleses de las poblaciones que les habían sido entregadas, la Convención proclamó, el día 4 de enero de 1794, la abolición absoluta de la esclavitud, invitando a los nuevos liberales a desembarazar la colonia de los partidarios obstinados del antiguo régimen colonial y de sus auxiliares extranjeros. Los negros contestaron a aquel llamamiento, levantáronse en masa, arrojaron de la colonia a los ingleses y a los colonos que los habían llamado, y proclamaron luego su independencia. Esta declaración constituía una separación de hecho a que el gobierno consular quería poner término cuando los preliminares de paz, firmados en Londres, el 1.º de octubre de 1801, entre los plenipotenciarios de Inglaterra y Francia, abrieron el mar a las escuadras francesas. Preparóse una expedición formidable en los puertos de Francia. Veinte navíos de línea, veinte fragatas y un número proporcionado de buques de carga transportaron a Santo Domingo cerca de 40.000 soldados que desembarcaron en la isla el 3 de febrero de 1802, a las órdenes del general Leclerc. Entre las instrucciones de éste figuraba el restablecimiento de la esclavitud. Sabedores de ello, los negros se sublevaron en masa contra los franceses. La lucha fué encarnizada y feroz. A sus estragos se unieron los de la fiebre amarilla, que diezaba al ejército expedicionario. El general Leclerc fué una de las víctimas de la epidemia. Su sucesor, el general Rochambeau, no podía sostenerse sino con numerosos refuerzos; pero como el rompimiento de la paz de Amiens había vuelto a cerrar, en 16 de mayo de 1803, los puertos franceses, dicho general se vió obligado, el 30 de noviembre siguiente, a abandonar la isla, sepulcro de un floreciente ejército, trayendo consigo algunos millares de hombres, tristes restos que la marina inglesa capturó antes de que hubiese llegado a los mares de Europa. Los negros victoriosos se entregaron a una horrible matanza de blancos; después de lo cual, negros y mulatos se disputaron el poder. Los primeros, incapaces de comprender la menor institución, desprovistos de

toda noción de organización administrativa y social, establecieron un remedo grotesco del Imperio francés. Los mulatos, dotados de cierta instrucción y acostumbrados a la libertad personal, se constituyeron en república a un extremo de la isla, y sus jefes, merced a su superioridad moral sobre los jefes rivales, llegaron en pocos años a extender el dominio de su ley por la mayor parte de Santo Domingo. Los puertos de la isla volvieron a abrirse al comercio, y esta antigua colonia francesa renació a una especie de vida regular, cuando los acontecimientos de 1814, que devolvían a Francia la paz y la libertad de los mares, hicieron volver hacia ella las miradas de los armadores y de los antiguos colonos.

Dispersados por las Antillas, el continente americano y los puertos franceses, estos colonos eran numerosos, y su miseria excesiva; el gobierno imperial les había sostenido mediante socorros anuales que la Restauración se veía obligada a continuar, si no conseguía ponerlos nuevamente en posesión de sus bienes perdidos ó hacerles indemnizar. Por otra parte, los comerciantes de las plazas marítimas francesas se mostraban impacientes por reanudar sus antiguas y fructuosas relaciones con aquella fértil isla, y el mismo gobierno deseaba unir Santo Domingo a la metrópoli con los lazos de una dependencia al menos exterior y puramente de protección. A este fin, el gabinete francés hizo, en 1814 y 1816, gestiones que no obtuvieron el menor resultado.

Villèle quiso al fin poner remedio a aquel deplorable estado de cosas y delegó al barón Mackau, que partió en mayo de 1825, llevando una real orden que concedía a Santo Domingo su completa independencia con determinadas condiciones. Los haitianos acogieron con festejos y todas las autoridades de la isla aceptaron solemnemente las cláusulas de aquella real orden, así concebidas:

«ARTÍCULO PRIMERO. Los puertos de la parte francesa de Santo Domingo serán abiertos al comercio de todas las naciones. Los derechos percibidos en estos puertos, tanto a la entrada como a la salida, serán iguales é uniformes para todos los pabellones, excepto el pabellón francés, en favor del cual estos derechos serán reducidos a la mitad.

»ART. 2.º Los actuales habitantes de la parte francesa de Santo Domingo entregarán en la caja general de depósitos y consignaciones de Francia, en cinco plazos iguales, de año en año, venciendo el 1.º en 31 de diciembre de 1825, la suma de 150 millones de francos, destinados a resarcir a los antiguos colonos que reclaman una indemnización.

»ART. 3.º Con estas condiciones concedemos a los actuales habitantes de la parte francesa de Santo Domingo la independencia plena y entera de su gobierno.»

La emancipación consagrada por esta real orden fué uno de los actos más laudables del gobierno de la Restauración. Ventajosa para toda una población de propietarios desposeídos que luchaban contra la miseria desde hacía treinta y cinco años, y a la cual daba 150 millones a repartir; favorable al comercio marítimo y a la producción de Francia, a quienes aseguraba el monopolio de un rico mercado, esta transacción, obra de buena administración y de inteligente política, no dejó de encontrar una viva oposición en ambas Cámaras.

Indiferentes a las numerosas ventajas materiales de aquella transacción y a la imposibilidad moral, para el gobierno, de renovar la expedición de 1801, sacrificar 200 millones y 40.000 hombres a la dudosa conquista de un territorio en que los colonos no podían encontrar más que un suelo sin cultivo y cubierto de ruinas, los diputados de la contrarrevolución realista persistieron hasta el fin de los debates en no considerar la cuestión sino desde el punto de vista del principio monárquico. «Rechazamos la ley, decían, como un acto ilegal, contrario a nuestro derecho público y al principio mismo de la propiedad, que viola en la persona de los colonos; la desechamos por atentatoria a la dignidad de la corona, como una concesión hecha a los principios de la revolución, como una violación del principio tutelar de la legitimidad.» Estas vehementes protestas eran inspiradas tanto por las animosidades personales que se acumulaban cada día más numerosas en torno del presidente del consejo, como por la pasión política; pero se estrellaron al fin contra una mayoría considerable. Abierta el 7 de marzo, y prolongada por una infinidad de detalles, la discusión terminó el 20, siendo aprobada la ley por 245 votos contra 70. Sometida a la Cámara de los pares el día siguiente, esta ley encontró allí una oposición tan viva como en la otra asamblea. Empezada a discutir el 18 de abril, el gobierno no consiguió hacerla aprobar hasta el 25.

Diez y siete días antes, la Cámara hereditaria había desechado los artículos 1.º y 2.º de la ley anunciada por el discurso de la corona y que restablecía el derecho de primogenitura, sembrando en toda Francia una agitación sin ejemplo desde la restauración borbónica. Aquella ley volvía a poner en vigor un privilegio desaparecido desde hacía treinta y seis años é ignorado de las nuevas generaciones; dividía en dos clases a los ciudadanos de un mismo país; colocaba bajo el imperio de una legislación diferente a los propietarios del mismo suelo, y creaba entre ambos sexos, entre hermanos y hermanas, una distinción odiosa, causando en todo el reino un verdadero trastorno. Al desechar los dos primeros artículos del proyecto de ley, la alta Cámara había rechazado el derecho de primogenitura. La noticia fué saludada con iluminaciones y festejos en toda Francia, resumiendo la situación unos transparentes en que se leía: *¡Honor a la Cámara de los pares! ¡Nunca se iluminará lo bastante para que vean claro los ministros!*

El proyecto ministerial, reducido al artículo 3.º, relativo a las substitutiones, fué luego aprobado por la Cámara electiva.

La división del partido realista era ya manifiesta. Los acontecimientos que vamos a referir y que tuvieron en suspenso la atención pública durante casi todo el año de 1826, habían de poner completamente a descubierto la llaga secreta que desorganizaba al antiguo partido monárquico. Pero antes debemos decir algo sobre un suceso religioso que dispuso singularmente los ánimos a la agitación.

El jubileo es una de las grandes solemnidades del catolicismo. Es un período de penitencia y de gracia, en que el papa concede indulgencia plenaria a todos los católicos que se someten a ciertas prácticas y asisten a ciertas ceremonias piadosas. El *gran jubileo* no se celebraba antiguamente más que cada siglo; verificóse